

# TRES TEXTOS DRAMATICOS

Víctor Valembois

En esta contribución, mi propósito no es el de analizar ni de juzgar desde la perspectiva de las tablas, sino criticar tres textos dramáticos en lo que tienen de potencialidad escénica.

Trátase de los libretos siguientes: "INQUILINO", de Guillermo Arriaga, "EL VUELO DE LA GRULLA", de Ana Istarú, y "MACEDONIO EL VIEJO", de Víctor Valdelomar.

Los tres autores tienen características en común. Hay, primero, un factor generacional, ya que los tres nacieron alrededor de 1960. Es este un signo alentador por cuanto nuestros dramaturgos más productivos —a saber en primer lugar Alberto Cañas, en segundo Daniel Gallegos, y en tercer lugar Samuel Rovinski— están todos enmarcados en una cosmovisión muy diferente, que a Jorge Valdeperas le hizo hablar de la "generación social demócrata", resultante del acontecer histórico del 48. Hay, por supuesto, otros autores que escribieron en el intermedio, como Antonio Iglesias, William Zúñiga y Juan Fernando Cerdas, por ejemplo; pero es de esperar, por de pronto, que estos nuevos valores que surgieron no se limiten a un título y nada más. Algo que me llamó también positivamente la atención es que hay una mujer en el grupo. Sí, precisamente por algo que Ana Istarú ataca virulentamente en su "VUELO DE LA GRULLA", la mujer artista padece de una especie de ostracismo en esta sociedad machista. En el teatro nuestro, son excepciones las que, como Carmen Naranjo, en una esporádica producción, se lanzan a la escena. Siempre me ha sorprendido, entre paréntesis, la tremenda textura dramática que subyace a más de una novela dialogada de Carmen.

Los tres nuevos dramaturgos presentan, cada uno, una obra en un acto, cuyo eje dramático es, así lo veo yo, el de la juventud. Claro que no es un tema original. Como si el valor artístico consistiera en eso: el tema del amor, por ejemplo, no es que lo haya monopolizado Shakespeare con su "Romeo y Julieta". En lo dramático costarricense ya Alberto Cañas, con varios títulos suyos y Gallegos, por ejemplo con "Los Profanos", contribuyeron con su reflexión sobre la juventud. Aquí también los autores noveles dieron su aporte:

—En "INQUILINO", Arriaga esboza eficazmente la rebeldía generacional y la búsqueda de valores en un joven que decide romper con su "familia bien".

—"EL VUELO DE LA GRULLA" aborda más bien una perspectiva opuesta: la de los sueños juveniles que se estrellan contra "el muro" (sí, ese de Pink Floyd, entre otros). También "MACEDONIO EL VIEJO", pese a su título

y sus protagonistas setentones, es una obra que gira alrededor de la juventud: el viejo que no quiere darse cuenta que sus ideales y sus fuerzas se fueron a "la mar que es el olvido" como decía Manrique.

La elaboración de esta temática se hace cada vez con recursos dramáticos que elevan fuertemente su potencialidad escénica, como se comprobó por de pronto en la escenificación que dirigió Jaime Hernández. Sorprende agradablemente, por de pronto, la capacidad de diálogo que hay en las tres piezas. Sus autores, ya se ve, no cayeron en la trampa sempiterna del literato convertido en dramaturgo, sino que son todos actores que intuitivamente, con su práctica en las tablas y con la guía de Sieveking —maestro del diálogo—, lograron escribir con esta primerísima calidad que le hace falta a un texto que aspira a ser representado.

Pero aparte de esta característica en común, hay un ingrediente especial, muy teatral, pero cada vez diferente, en los tres textos.

El de Arriaga arrastra la atención por una eficaz utilización del misterio, a través de la imagen recurrente del "rostro en la ventana", encarnación de un ideal que no se encontrará.

El de Valdelomar tiene una estupenda utilización de lo poético y de lo infantil que hace pensar en Lorca y Casona. Parece, por de pronto, que esa es la veta principal de este prometedor dramaturgo, como lo prueban sus otras obras y como lo confirma el Premio Nacional recientemente conferido.

El de Istarú, por último, es un teatro cuyo potencial escénico nace de una temática tan cerca, tan común y que algunos incluso van a identificar como vulgar: en una joven pareja surge una riña porque "ella" quiere trabajar y él y su madre (o sea, la suegra) hunden dolorosamente a la joven en "su sitio natural". Ana Istarú logra interesar al lector, y al espectador, por el contagioso entusiasmo juvenil de esta pareja, pero eso justamente, y la identificación espontánea que provoca, es lo que hace más reveladora la caída y la destrucción de la joven. Istarú hace arte a partir de un incidente vulgar, muy común en nuestra estructura machista, empezando por el marido y reforzando aquéllo en su madre prototipo —lamentablemente tan visto en nuestro medio— de la madre sobreprotectora.

En fin, que estos tres textos dramáticos tienen, cada uno, sus virtudes teatrales que vale la pena ver confirmados en el escenario de la Sala Vargas Calvo.